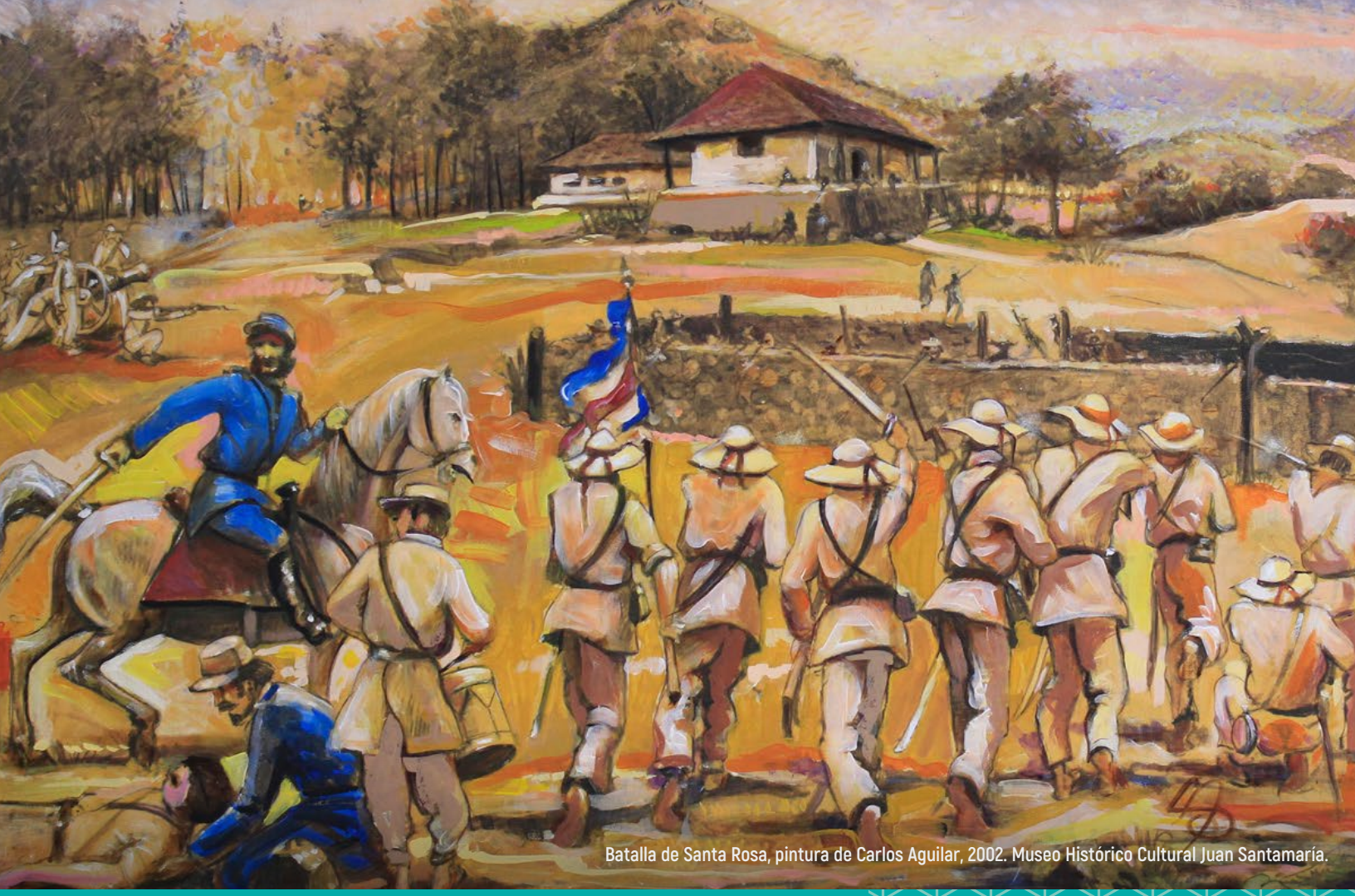

Batalla de Santa Rosa, pintura de Carlos Aguilar, 2002. Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.

BATALLA DE SANTA ROSA

Transcripción de un parte de Guerra del General José Joaquín Mora Porras en el que detalla la Batalla de Santa Rosa.

Fecha: 20 de marzo 1856

ANCR, Servicio de Parques Nacionales, 0021

esencial COSTA RICA | MINISTERIO DE CULTURA Y JUVENTUD | GOBIERNO DE COSTA RICA | ARCHIVO NACIONAL DE COSTA RICA

Appendice N° 1

VII. A.

PARTE DE GUERRA

DEL GENERAL DON JOSE JOAQUIN MORA

20 de marzo de 1856

El jueves 20 del corriente, con noticia de haber visto a los filibusteros en el llano del Coyol, me puse en marcha con la columna que saqué de Liberia.

Mucho costó conducir los dos cañoncitos de a tres, por lo quebrado e impracticable del camino.

Tomamos un filibustero que procuró engañarnos, guiándonos hacia el enemigo por un lado enteramente opuesto a aquél en que se hallaba, pero desconfiando de él, quise, antes de seguirle registrar el llano del Coyol. Seguimos la marcha y a corto trecho descubrimos huellas de botas en un camino que conduce a la hacienda de Santa Rosa. Mandé a un ayudante adelantarse para observar las casas de dicha hacienda, y retornó con la razón de estar allí el enemigo.

Seguimos un callejón orillado de árboles a cuyos lados se extendían lomas de poca altura, cubiertas de espesa breña.

Al salir del callejón vimos, tendida a nuestros pies, la plazuela de dicha hacienda, formada por un valle hondo y limpio, circundado por colinas de poca elevación, pero escarpadas.

Los corrales de la hacienda, cerrados con cercas de piedra empiezan a la mitad de la falda de una de las colinas situadas al frente del callejón hacia su izquierda, y rodean las casas que ocupan la altura, pero que están dominadas por la cumbre de la colina, a corta distancia y cubierta de breña.

Tienen las casas un gran patio, también cercado, a la derecha, y en la falda de la colina hay una quesera. A continuación de la altura, ligándola con la inmediata, corre una limpia loma, al frente del camino que seguimos. La línea que debía correr mi gente para llegar a las casas es precisamente, de una milla.

En vista de la posición, dí mis órdenes para el ataque, concebido ya de antes sobre el exacto plano que el mayor don Clodomiro Escalante me había presentado para el caso de tener que batir allí al enemigo.

El Coronel Lorenzo Salazar, con doscientos ochenta hombres, debía atacar el frente, la izquierda y el flanco derecho de la casa; seguíanle por ese lado (el más practicable), los dos cañoncitos, dirigidos por el capitán Mateo Marín.

El capitán José M. Gutiérrez, con doscientos hombres, debía flanquear la izquierda por fuera de las cercas y tomar posesión a la espalda de las casas, sobre la cumbre de la colina.

El escuadrón de caballería quedó formado en el callejón hasta recibir la orden de cargar al enemigo, cuando se le desalojara de sus posiciones.

La tropa de Moracia, en número de doscientos hombres, la formé en batalla en el callejón, para descubrir la retirada en caso necesario.

Listo todo mandé desembocar por el callejón a la tropa formada por columnas. Nuestros soldados, al son de las cornetas que tocaban a degüello, marcharon a la carrera, acudiendo cada cual al puesto señalado.

Los filibusteros no hicieron ni un tiro; nos aguardaban de cerca, con la esperanza de que su primer descarga nos derrotaría. Tampoco los nuestros dispararon hasta hallarse a veinte varas del enemigo. Rompieron entonces un fuego sostenido, que duró como tardaron los costarricenses en llegar a las cercas. Desde este instante, sólo los piratas dispararon. Los nuestros saltaban a los corrales, sin que el mortífero fuego que sufrían bastara a detenerlos.

Allí murió el valiente oficial Manuel Rojas. Una vez dentro no hubo ya esperanza para los malhechores; el sable y la bayoneta los hacían trizas y ellos, aterrados, ni atinaban a ofender con sus tiros.

Así fueron rechazados hasta las casas donde se encerraban al tiempo que la gente del Capitán Gutiérrez, posesionada ya de la altura, los cercaba. En estos momentos pereció el capitan Manuel Quirós, herido al saltar la cerca del patio. Sus últimas palabras fueron dirigidas a sus compañeros de armas: entren ustedes, les dijo, y expiró. Señalóse también en el asalto del patio el ayudante del Coronel Salazar, Joaquín Ortíz, quien con su espada mató dos bandidos, teniendo la suerte de quedar ileso.

Di la orden de ataque a mi caballería, pareciéndome que no tardaría en llegar sino el tiempo necesario para desalojar de su guarida a los filibusteros. Pero viendo al llegar que no era tiempo aún, marchó a formarse a la loma del frente, aguardando el momento oportuno.

Todo éste pasó en cinco minutos.

Ya empezaba a obrar la artillería: el capitán Marín disparó sus cañones contra el costado derecho y frente de la casa, abriendo brecha; pero ésto sólo sirvió para enfurecer más a los forajidos, que avivaron el fuego.

Impaciente el Coronel Salazar, corrió, exponiéndose a servir de blanco al enemigo, para preguntarme si, para librar de ser diezmada su gente, podría poner fuego a la casa de un propietario costarricense. Inquieto al verlo venir temiendo que estuviese herido, me adelanté a su encuentro, y le di el permiso que pidió; retorné a dar la orden a sus soldados, que la recibieron dando gritos de alegría. Más no hubo tiempo. El arrojado capitán Gutiérrez, olvidando la orden que tenía, entró a la casa y adelantándose hacia un establo atrincherado y erizado de rifles, con pistola y sable en mano, murió desgraciada y prematuramente. La ira que su muerte causó a los soldados fue tal, que nada bastó a contenerlos. La casa fue invadida por todos lados, y los filibusteros, hallando salida por la altura que debió cubrir el malogrado Gutiérrez, huyeron en tropel, y, aunque perseguidos y diezmados por todas partes, lograron muchos escaparse. Entonces mandé a la tropa de Moracia se dispersase en guerrillas por la colina, a la izquierda del callejón, para aprisionar a los fugitivos que tomaron por allí.

Desde el principio de la acción, al ver a nuestra tropa apoderarse de los corrales, varios jefes filibusteros montaron a caballo y huyeron sin poderles alcanzar ni dañarles.

Al dispersarse el enemigo, la caballería de Moracia anduvo tarda en perseguirle, a pesar de mis órdenes y de los esfuerzos del Coronel Salazar. Sólo el capitán Estrada seguido de sus pocos lanceros, le cargó matándole un sólo hombre; pues favorecido por la inacción de la caballería y lo cercano de la espesura del monte, se aprovechó de tan favorables incidentes.

Considerando las dificultades que el lugar de la acción presentaba, he hallado alguna disculpa al Comandante del escuadrón.

A los catorce minutos, contados desde la primera descarga, se hallaba mi tropa formada en el mejor orden y tranquila posesión de Santa Rosa.

Señaláronse en este memorable día, además de los buenos oficiales que perdimos, el ya citado Joaquín Ortíz, el Mayor Clodomiro Escalante, los Capitanes Carlos y Miguel Alvarado (habiendo recibido este último tres heridas de rifle que le rompieron la ropa, rozándole el cuerpo), Vicente Velarde, Mateo Marín, Santiago Millet, Joaquín Fernández, Felipe Ibarra y Jesús Alvarado, el Ayudante Macedonio Esquivel, y en general, toda mi lucida oficialidad.

Hubo entre los soldados notables rasgos de valor; pero tan comunes a casi todos, que sería imposible enumerarlos.

He tomado al enemigo dieciocho rifles, un fusil, un fusil, cuatro cajas de parque (que según los prisioneros, es cuanto tenían) las pistolas, paradas piezas de equipaje, etc., que cedí a los jefes y oficiales que las tomaron, varios caballos y mulas, todos sus papeles y un grupo deguerreotipado, con los retratos de varios jefes de la gavilla de vergantes.

Cuanto tenían, en fin todo, ha caído en poder de mi gente.

Los muertos del enemigo que pude reunir llegaron a veintiseis y muchos deben de haber acabado en lo espeso del monte. Prisioneros hasta hoy, diecinueve. El resto hasta cuatrocientos hombres, que, según los prisioneros, entraron en acción, se entregará ó morirá de sed y hambre en los montes. Los persigo por todas partes, y el Mayor Domingo Murillo, apostado en Sapoá con respetable fuerza, les cortará el solo camino para ellos practicable.

No puede darse una victoria más completa, gracias al valor de mis soldados.

Nuestras pérdidas, según las listas, ascienden a cuatro oficiales y quince soldados muertos.

Tomado de:
BATALLA DE SANTA ROSA

nrp.

www.archivonacional.go.cr

esencial COSTA RICA | MINISTERIO DE CULTURA Y JUVENTUD | GOBIERNO DE COSTA RICA / ARCHIVO NACIONAL DE COSTA RICA